

Ocio, negocio y la vida lograda

ES UNA VERDAD CASI UNIVERSALMENTE ACEPTADA QUE, TRAS TERMINAR LA JORNADA LABORAL, TODO TRABAJADOR ÚNICAMENTE DESEA DEDICAR SU TIEMPO LIBRE A AQUELLAS ACTIVIDADES QUE LE PERMITEN DESCONECTAR. ESTE DESCANSO DE LA MENTE SUELE TRADUCIRSE EN ACTIVIDADES QUE NOS AYUDAN A “DESCONECTAR”. NETFLIX ES EL CLÁSICO EN ESTOS TIEMPOS QUE CORREN, PERO ¿A QUÉ DEDICABAN SU TIEMPO LIBRO LOS CLÁSICOS? ¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE ELLOS HOY?



BLANCA REGUANT

1. Ocio y negocio en la Antigüedad clásica

Remontándonos a la antigua Grecia, el término utilizado para ocio era *scholé*, vocablo que ha permanecido hasta hoy en el lenguaje occidental en las diversas formas de la palabra *escuela*. Ya entonces, el ocio y el negocio se definían por contraposición de uno al otro, al modo de una *complexio oppositorum*, de forma que no pudiera comprenderse el uno sin el otro. En realidad, dominaba la concepción de que no podían *existir* el uno sin el otro, porque se dan sentido mutua-

mente. La definición de *negocio* entendida como trabajo, obligaciones, asuntos y/o gestiones privadas se mantiene también durante la época romana, siempre con una connotación marcadamente negativa. Es la noción de ocio, aunque siempre considerada positivamente, la que varía y adquiere distintos significados y, en consecuencia, hace referencia a diferentes ámbitos o esferas de la vida humana.

Así, por lo general, en los inicios, *scholé* hacía referencia sencillamente al tiempo libre individual, a la paz y la tranquilidad. Ante todo, suponía un período de tiempo en el que no existía la necesidad de trabajar (*ascholia*) o responder

a obligaciones privadas, habitualmente vinculadas a lo físico.

Pero el ocio ya presentaba un ápice de trascendencia social en este momento. Platón, de hecho, coloca la *scholé* en una posición central en el planteamiento que desarrolla de la ciudad ideal en la *República*. Si en el mundo *real*, tanto en la Antigüedad como en la actualidad, el filósofo debe *huir* del ruido para poder dedicarse a la vida contemplativa, en su república ideal el filósofo desempeña una función social al mismo nivel de importancia que cualquier otra más cercana a la *bios praktikós*.

Sabemos que en la antigua Grecia tenían un peso realmente importante la polis, la sociedad y la convivencia con los demás. Los hombres libres poseían, definitivamente, mucha más conciencia y responsabilidad social de las que existen hoy en nuestra sociedad marcada por el individualismo, a pesar de tratarse de un sistema esclavista. El hecho de que el ocio fuera algo privado no le liberaba de su rol social: se atribuía prestigio al tiempo libre en la medida en que se dedicaba a actividades contrarias a la barbarie, constituyendo así la esencia del helenismo. Por tanto, el ocio en Grecia no hacía referencia única y exclusivamente

Los hombres libres tenían más conciencia y responsabilidad social de las que existen hoy en nuestra sociedad marcada por el individualismo, a pesar de tratarse de un sistema esclavista

al tiempo libre, sino también a una serie de actividades intelectuales que podían desarrollar individualmente y enaltecer socialmente al ciudadano, en la medida en que éstas eran útiles para él y para la polis.

Roma avanza y profundiza en el sentido cultural del ocio, al mismo tiempo que cambiaba el término, de *scholé* a *otium*. El fundamento del concepto, sin embargo, sigue haciendo referencia al tiempo libre y al uso que se hace de él, así como también a la ausencia de guerra y al placer, dando continuidad en este sentido a la noción griega. El gran contraste entre Grecia y Roma en este aspecto se encuentra en el uso mucho más político que la segunda hace del *otium*, esto es, la organización por parte de los gobernantes de espectáculos de gladiadores, juegos circenses, festivales y demás formas de entretenimiento (*panem et circenses*). Nace así una nueva forma de pasar el tiempo libre e individual, ahora ya más lejana trataría la concepción griega. Ya no se trataba únicamente de dedicar el tiempo de ocio a desarrollar actividades intelectuales, sino que se aspira a servir a la posteridad y al gobierno de lo público en la mayor medida posible casi como exigencia social y política.

Ocio entendido como tiempo libre, ausencia de negocio, paz y tranquilidad; ocio entendido como tiempo que debe dedicarse al desarrollo individual de lo intelectual o espiritual; y ocio entendido como herramienta social y cultural desde el ámbito político para fomentar el servicio individual y colectivo a la humanidad y a la posteridad.

1. Antropología del negocio
El ocio se define esencialmente, y a grandes rasgos, como el tiempo privado que queda libre en ausen-



cia de negocio. Esto no apunta de ninguna manera a que o bien ocio, o bien negocio, gocen de mayor importancia en la repartición del tiempo individual. Ambos son constitutivos, y por tanto necesarios, de la dimensión antropológica y espiritual o filosófica del hombre.

De la misma forma que el ocio tiene distintas acepciones, también las presenta el negocio, que puede ser entendido, por un lado, como la necesidad de atender asuntos privados; o la dedicación a la vida pública, por otro. Ya desde la Antigüedad, tanto ocio como negocio trascienden al individuo, y ambos pueden entenderse como referentes a lo público.

Existe un número considerable de teorizaciones sobre el trabajo como aspecto constitutivo del hombre, llegando incluso Hannah Arendt a definir al hombre como "homo faber" en *La Condición Humana*. Arendt plantea la naturaleza humana en tres dimensiones: el *animal laborans*, el *homo faber* y el

|||||||
No se trataba de dedicar el tiempo de ocio a actividades intelectuales, sino que se aspiraba a servir a la posteridad y al gobierno de lo público
■■■■■

hombre de acción. La primera hace referencia a la labor; la segunda, al trabajo, y la tercera, a la acción, como el propio concepto indica en este caso. La labor remite a todas las acciones y procedimientos que el hombre está obligado a desarrollar con tal de sobrevivir; el trabajo, según Arendt, es el proceso por el que se aportan nuevos objetos al mundo: ella considera que el *homo faber* por excelencia es el trabajador industrial del s. XIX. Finalmente, la *acción* remite a la creación de la historia, esto es, una referencia al lenguaje humano y al discurso como creadores de significado para la existencia humana.

La filósofa configura la naturaleza humana basándose *exclusivamente* en tres dimensiones que hacen referencia directa al trabajo (negocio), como constitutivas del ser humano, entendiendo las tres como posibilidades de creación, acción o actividad del hombre. ¿Por qué el trabajo es constitutivo de su ser? ¿Qué implica para el hombre? ¿Qué relación se establece entre

ocio y negocio para que ambos resulten de igual importancia para el hombre?

El trabajo es constitutivo del hombre porque es una de las más evidentes formas en que éste se relaciona con la realidad que le rodea, la conoce; también de habitar el mundo o de transformarlo (sea mediante la construcción o la destrucción). El trabajo, en su sentido más originario, implica un esfuerzo físico y otro intelectual, que deben ir aparejados. El primero transforma la realidad, y el segundo, al individuo. Ésta es la razón doble por la que es fundamental el trabajo para el hombre, porque desarrolla el medio y profundiza su ser.

Esto se hace especialmente evidente en la teoría marxista. Una de las muchas denuncias que realiza Karl Marx en *El capital* es que el trabajador industrial del Londres del s. XIX pierde la noción de lo que crea, al convertirse en una ínfima parte de una cadena de producción. Esto lleva al trabajador a perder el sentido de su acción, de su trabajo — se expropia su trabajo en el sistema capitalista, denuncia Marx, y por tanto se produce la *alienación del trabajo*, lo que deshumaniza, al alienar también el sentido de la acción *trabajar* del individuo. En definitiva: si la alienación del trabajo deshumaniza, el mero hecho de trabajar humaniza. Y tan importante es el trabajo para este intelectual, que entiende que la distinción entre animal y hombre estriba en el hecho de que el hombre se organiza socialmente para cubrir necesidades básicas, cosa que el animal no hace a tal nivel de complejidad.

Así, y volviendo a la idea anterior, el trabajo da sentido a la vida humana, de la misma forma que lo hace el ocio: ambos contribuyen

Si la
alienación
del trabajo
deshumaniza,
el mero hecho
de trabajar
humaniza



tanto al desarrollo individual como al social. Ocio y negocio profundizan en la naturaleza humana en sus formas concretas: el ocio ahonda en su ser, el negocio lo transforma en la medida en que también transforma el mundo que habita y le da sentido. Y contribuyen a la sociedad en la medida en que el ocio sea un ocio útil para la sociedad (*otium cum dignitate* en términos de Cicerón) en definitiva; y en la medida en que la división del trabajo cubre el total las necesidades de la sociedad.

Ya en el siglo XX Josef Pieper expone una distinción entre lo laboral y lo ocioso fundamentada en conceptos de ocio y negocio ligeramente distintos a los aquí planteados. El autor configura el ocio como un estado del alma en que uno se encuentra consigo mismo; el mundo del trabajo es algo totalitario, que se inmiscuye en todos los demás ámbitos de la vida de forma natural y constante. Para Pieper es primordial salvaguardar al hombre en su faceta multidimensional, no permitir que su capacidad o dimensión trabajadora elimine el resto de ámbitos de la vida, también necesarios para que el individuo se realice. Y, en este sentido, el ocio se configura como actividad de resistencia al imperio

del trabajo en la vida humana —por lo que una pausa de descanso no puede entenderse como ocio, si su fin es continuar la actividad laboral. El descanso es un efecto del ocio, pero no su fin.

La cuestión clave, por tanto, para Pieper, es la distinción esencial entre ocio y negocio, a la vez que la afirmación de la necesidad de ambas. Para ello, sólo cabe una correcta disposición del tiempo, que debe atender tanto al trabajo como al ocio —entendido este, claro está, en sentido clásico y distinto a una pausa infértil. ¿Cómo hacerlo?

2. La vida lograda. *Orthos bios*.

Alejandro Llano presenta la vida lograda como la “gramática de la libertad”, la lógica interna de la propia libertad humana. La vida lograda, la virtud, habla del desarrollo del potencial del hombre, lo que Llano denomina el triunfo en la existencia. Y para ello es preciso desarrollar de forma paralela lo que el trabajo y el ocio aportan al hombre: “El tiempo bien gastado se remansa en potenciación de mi vida”, afirma Llano.

Así introduce el autor en esta fórmula para la vida lograda un factor decisivo que ya apuntaba Pieper:

el tiempo. Lo fundamental para desarrollar estas dos dimensiones constitutivas es la disposición que cada uno hace del tiempo, pues ocio y negocio son aparentemente excluyentes, en cierta medida, en el paradigma occidental. El tiempo habita al hombre de una forma mucho más íntima que a cualquier otro ser, según Llano. La vida lograda, que todos naturalmente aspiramos a vivir, pasa necesariamente por este sabio empleo y disposición del tiempo, así como la entrega por igual del hombre tanto a ocio como a negocio:

“Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve filosofía, se vuelve arte, poesía, invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada”¹.

Plantear la vida lograda como género de vida obliga a hacer una breve referencia al clásico debate sobre la vida teórica y práctica. Es Anaxágoras quien introduce este debate sobre el mejor modo de vida en relación con el *ocio*, planteando el *bios theoretikós* frente al *bios praktikós*. El ocio siempre se había relacionado en la antigua Grecia con lo espiritual y cultural, remitiendo directamente a determinados géneros de vida. Se presenta enseguida a los filósofos como los dueños de la vida contemplativa a través de la conversación legendaria entre el tirano Fliunte y Pitágoras, transmitida en diversas fuentes clásicas. Junto a la *bios theoretikós* (vida teórica, contemplativa, filosófica,



ociosa) y la *bios praktikós* (vida práctica, activa, funcional, del trabajo y los negocios), aparecen otras analogías que hacen referencia a esta misma dicotomía en el modo de vivir: *apragmosyne* y *polypragmosyne*; vida privada y vida pública, como ejemplos, entre otras. En definitiva, la tradición ha planteado estos géneros de vida como opuestos y quizá excluyentes; sin embargo, la fórmula filosófica occidental para alcanzar una vida lograda los contempla como necesariamente unidos y equilibrados.

¿Por qué elegir vivir una vida lograda, frente a cualquier otra fórmula para la buena vida? Porque integra los modelos de vida teórica y práctica que planteaban los antiguos. Todo es necesario en su justa medida, todo aporta al ser algo que necesita en mayor o menor cantidad. El modo de ser del hombre es dual, es tan teórico como práctico, y no puede abandonar ninguna de sus dimensiones constitutivas, porque al hacerlo, anula la vertiente que cree estar poten-

|||||||||||||||||
El ikigai japonés plantea el equilibrio entre ocio y negocio como una armonía de cuatro elementos: lo que el individuo ama, lo que puede remunerarse, aquello para lo que tiene talento y lo que el mundo necesita

ciando. Hacerlo es, además, actuar en contra de su propia naturaleza; por mucho que se trate de un acto de libertad, aleja al hombre de su propio modo de ser.

La tradición filosófica japonesa propone otro modelo de integración o equilibrio entre ocio y negocio, que se fundamenta más concretamente en la armonía entre esos términos. El concepto *ikigai* significa “la razón de ser”, y precisamente une en sus propios términos lo que en la tradición occidental constituyen el ocio y el negocio: la razón tras una vida bien vivida. Este modelo plantea el equilibrio entre ocio y negocio como una armonía, una fórmula de elementos que incluyen actividades humanas de distinto tipo: lo que puede ser remunerado, lo que el individuo ama, aquello para lo que el individuo tiene talento, y lo que el mundo necesita. Así, de la combinación de estos cuatro tipos de actividades, surgen pasión (talento y amor), misión (amor y sociedad), vocación (sociedad y sueldo) y pro-

¹ Texto de Eugeni d’Ors recogido en Llano.

fesión (sueldo y talento). El punto donde convergen todas estas vertientes del hombre es el *ikigai*.

El hecho de que dos de las tradiciones filosóficas más fuertes y con más recorrido histórico presenten una búsqueda de un modelo óptimo de *orthos bios*, basándose ambos en la relación entre ocio y negocio (aunque en términos y fórmulas distintas) es significativo, porque evidencia la esencialidad del equilibrio entre ambos para una vida digna para todo hombre, independientemente de su procedencia geográfica o contexto histórico, cultura, ideología, fe, condición social. El deseo y aspiración a llevar una vida digna, lograda, virtuosa, es sencilla y meramente humano.

En la vida lograda se justifica la necesidad última de un equilibrio entre ocio y negocio, ambas necesidades inherentes al hombre. En el *ikigai* se funden ocio y negocio, convirtiéndose en la *raison d'être* del individuo, el fundamento de su existencia y sentido de su vida. Esto no es tan evidente en la tradición occidental, en la que debe haber equilibrio. Y ya hemos visto que la clave para lograr ese equilibrio es la distribución del tiempo. ¿Cómo hacerlo?

El templo de Apolo en Delfos presentaba una serie de inscripciones en los dinteles, atribuidas a los Siete Sabios, que constituían consejos

para los hombres que buscaban la orientación del oráculo. Dos de estas afirmaciones han permanecido en el acervo occidental hasta hoy y, de hecho, son consideradas, simbólicamente, la cuna de la cultura derivada de la antigua Grecia. “Conócete a ti mismo” (*temet nosce*) y “nada en exceso” (*nihil nimis*) pueden entenderse en relación con muchos aspectos de la naturaleza humana, y por ello son de carácter universal. En el caso que nos ocupa, conocerse a sí mismo y encontrar el punto medio son claves para hallar el equilibrio que cada persona necesita entre ocio y negocio en su vida. Como Ortega y Gasset apunta en su célebre “yo soy yo y mi circunstancia”, a cada individuo le resulta un equilibrio distinto y único entre ocio y negocio.

Cicerón afirmaba que el sabio debe moverse con el tiempo (“*temporibus adsendendum*”). Y, sin embargo, no podemos sostener que el ocio que vivimos hoy sea mejor que el que vivían los clásicos, puesto que hoy este ocio no se adapta a nuestra naturaleza en mayor medida que el de la noción clásica. Quizá sea por eso que, como sociedad, hemos perdido muchos de los valores que caracterizaban a los clásicos, y nos hemos convertido en sociedades individualistas a la vez que *de masas*.

No se potencia la *humanización* del individuo; promover la aportación

Es preciso recuperar parte de la noción clásica de ocio; que las empresas faciliten un ocio que no se convierta en una pausa infértil, en una simple pausa necesaria para seguir trabajando

individual al colectivo como algo extraordinario no es una prioridad; la responsabilidad social se exige hoy a las empresas, pero no al mismo nivel a las personas. Si volvemos a las concepciones clásicas de ocio, es sencillo constatar que lo que hoy vivimos son pausas infértiles entre negocio y negocio, sólo un pequeño porcentaje de la sociedad actual invierte ese tiempo no vinculado al negocio a algo espiritualmente productivo.

¿Cómo fomentar un cambio de perspectiva sobre este asunto, para facilitar la culminación de la vida lograda a la mayor parte posible de la sociedad? Es preciso, en primer lugar, un cambio en la conciencia social sobre la utilidad del ocio, en un intento de recuperar parte de la noción clásica de éste; en segundo lugar, cabría también la obligación de las empresas y empleadores de ofrecer a los integrantes de sus organizaciones una distribución del tiempo que garantice gozar de un ocio que no se convierta, necesaria y exclusivamente, en una pausa infértil o descanso preciso para seguir trabajando. En suma, recoger la sugerencia de Pieper de invertir el célebre “vivir para trabajar”, ya que el ocio es el centro alrededor del cual debe ordenarse la realidad: es el negocio quien se configura como negación del ocio, y no al revés •